

ALGO HUELE MAL

Ricardo Aguilar Pomar

Aquella noche del 28 de Junio, víspera de las fiestas de San Pedro y San Pablo, celebraríamos un nuevo aniversario en mi Grupo 2 "San Cristóbal", de Mérida. ¿Cuál? —no puedo recordarlo— ¡Han pasado ya tantos!

Bien podría ser el XIII o el XIV, ya que estábamos a principios de los años '60s. En fin, no tiene demasiada importancia. Lo cierto es que sería un aniversario muy especial ya que aprovecharíamos la fecha más importante del Grupo, aniversario también de mi Promesa, para investir como nuestro Capellán, al padre Álvaro García Aguilar, párroco de la iglesia de San Cristóbal, sede de nuestro Grupo scout.

Para aquel acontecimiento tan especial invitamos a las familias enteras de nuestro muchachos y organizamos una gran fogata en la que entre cantos, juegos, representaciones, aplausos scouts y entrega de adelantos y estrellas de antigüedad a nuestros chicos, tendríamos como culminación la toma de Promesa y la imposición de la pañoleta azul con cintas amarilla y blanca —colores del Vaticano— del Grupo 2, a quien sería oficialmente y a partir de entonces, nuestro guía espiritual.

Como en esta ocasión no cabríamos en la amplia terraza del anexo parroquial, nuestro local social habitual, y por no parecernos un patio de viejas baldosas de piedra labrada el escenario adecuado para nuestra Gran Fogata (además de que arruinaríamos con el fuego aquellas venerables piedras), solicitamos y obtuvimos del Cuerpo de Bomberos de Mérida la amplísima plazoleta cubierta de pasto silvestre que ocupaba la parte trasera de su Cuartel, cercano a nuestra parroquia.

Aunque no tenía luz artificial alguna, más que la que nos llegaba del alumbrado público de la calle anexa, la luz de las llamas de nuestra gran fogata iluminaría el entorno dando el ambiente y la mística más adecuados a nuestra celebración scout.

Llegamos, las muchachos mayores y yo, el Jefe del Grupo, con suficiente anticipación para preparar el sitio para nuestros visitantes, y para construir la pirámide de leños que al arder le daría luz y ambiente a nuestra fiesta.

Llevamos madera más que suficiente para mantener nuestro fuego alegremente encendido a lo largo de nuestra ceremonia, pero como suele suceder, nadie se acordó de llevar material de encendido inmediato, papeles, pasto seco o cualquier otro material combustible indispensable para iniciar el encendido de la fogata. Y lo necesitábamos en buena cantidad para iniciar la combustión de nuestros leños, dificultada por la humedad de la noche y el suelo, recuerdo reciente de la lluvia vespertina.

Notamos que entre los matorrales que rodeaban los alrededores de la plazoleta había algunos secos, por lo que nos dimos todos a la apresurada tarea de recolectarlos, ya que las familias de nuestros chicos comenzaban a llegar, y nuestro invitado de honor no tardaría en hacerlo.

En aquella penumbra, al meter la mano entre unos matorrales secos para arrancarlos de raíz, vine a clavar cuatro dedos de la mano derecha entre una sustancia blanda que al removerse, inmediatamente esparció por el lugar un hedor nauseabundo. Había clavado los dedos en medio de una plasta de excremento de perro, estratégicamente camuflada entre la hierba.

El problema era desagradable pero sin mayores consecuencias. Caminé hasta el Cuartel y le pedí a los bomberos de guardia su permiso para usar su baño para lavarme las manos. Me lo concedieron amablemente pero con la salvedad de que no habían tenido ni una gota de agua desde la tarde. Ingenuamente les pregunté si no había agua en el carro bomba (no me pasaba por la cabeza que no hubiera agua en un Estación de Bomberos), y me respondieron que efectivamente tenía el depósito de 10,000 litros lleno, pero que la única manera de sacarla era poniendo a funcionar sus bombas contra incendio, pero con más de 2,000 libras por pulgada en la tobera, habría suficiente presión para arrancarme las manos.

¡Ahora sí que estaba en serias dificultades!

Tenía que sacar de mis dedos aquella sustancia pegajosa y maloliente. Usé los escasos pedazos de papeles viejos tirados por el lugar y restregué repetidamente los dedos en el pasto húmedo de rocío. Incluso sacrifiqué mi blanco pañuelo para acabar de quitarme los restos de aquella porquería, pero no pude librarme de su repugnante y persistente pestilencia.

Ya no había tiempo para más. Con las manos a mis espaldas, recibía y saludaba a los visitantes que iban llegando con una ligera inclinación de cabeza, confiando en que creyeran que era una extravagancia más de nuestros rituales scouts.

Cuando llegó nuestro invitado de honor, el Padre García, de entrada me extendió la mano derecha para saludarme. Lo que en esos momentos menos deseaba era tener la más mínima clase de contacto personal con mi mano apestada (¡qué situación!) Pensando rápido, le dije —disculpe Padre, pero los scouts nos saludamos con la mano del corazón y usted ya es uno de los nuestros— Sonriendo, él cambió de mano y yo salí airoso del mal momento. (¡Qué golazo me apunté!).

Nuestro festival transcurrió animadamente según lo programado, con gran alegría y entusiasmo. Delegué la entrega de reconocimientos y estrellas de antigüedad a los muchachos, a manos de sus Jefes de Sección, con lo que, haciendo buena política, mantuve las mías lejos de la acción. (¡Otro gol!).

En el momento culminante de nuestra ceremonia, con la Tropa formada reglamentariamente "en herradura", con el P. García en posición de firmes frente a mí, le anuncié su nombramiento oficial como Capellán del Grupo 2 de Mérida, y a continuación procedí a tomarle su Promesa Scout. Con nuestras manos izquierdas entrelazadas y las derechas en la posición reglamentaria de la Señal Scout, al igual que el resto de la Tropa, pronuncié las palabras rituales de la Promesa. Al terminar, con marcialidad militar nos hicimos mutuamente el Saludo ¡y llegó el momento inevitable e ineludible! Al imponerle en el cuello la emblemática pañoleta azul del Grupo 2, fue imposible evitar que mis dedos pasaran a escasos centímetros de su nariz. El P. García permaneció imperturbable, a excepción de un casi imperceptible mohín de asco. No dijo nada, pero pude leer su pensamiento como si lo tuviera en su frente escrito con luz neón: **¡ Algo huele mal!**

Nuestra Fiesta de Aniversario terminó felizmente y scouts e invitados se retiraron pensando que había sido una ceremonia hermosa e inolvidable.

¡Y vaya que lo fue!..... Han pasado más de 40 años y aún recuerdo vívidamente aquel mal momento, y si me llevo la mano derecha a la nariz, surge nuevamente de los olvidados archivos de mi memoria aquel nauseabundo hedor a excremento de perro.

Conclusión

En los tiempos de esta narración, yo vivía con mi recién fundada familia a escasas tres cuadras de la iglesia de San Cristóbal, de la que era titular el P. García, por cierto, pariente no definido mío, por parte de Aguilar, y más cercano de mi esposa, por parte de García. A ambos nos llama "primos".

A pocos años de cambiarnos al lugar de nuestra actual residencia, la jerarquía eclesiástica de Mérida le encomendó a un dinámico y entusiasta sacerdote la fundación de una nueva parroquia en esta zona de explosivo crecimiento poblacional, comenzando por los cimientos de la Iglesia, que se llamaría María Inmaculada, y a donde, desde entonces, acudo domingo a domingo a participar en la Misa y a recibir la Eucaristía.

Por azares del destino, nos queda también a unos 300 metros al Norte de nuestra casa, igual que nuestra vieja parroquia. Su párroco, ya lo habrán adivinado, es el mismo P. García.

Cuando recibo la Sagrada Forma de manos del hoy Monseñor Álvaro García Aguilar, por obra y gracia de Roma, (no dudo de que llegará a Arzobispo), y tengo su mano, inmaculadamente limpia, a pocos milímetros de mi nariz, no puedo evitar sonreír para mis adentros al recordar la penosa historia que les acabo de narrar.

Mérida, Junio de 2003